

quiere salir del ateísmo práctico, no hay en toda la historia mas que estas tres puertas abiertas: es necesario ser idólatra, cristiano ó musulman; es necesario arrodillarse ante un ídolo, llevar la cruz ó enarbolar la media luna. Una cosa ú otra, ó bien permanecer indiferente entre los espectadores que oyen el nombre de Dios sin conmoverse, y que miran el porvenir sin prepararse á él.

Reducida así la eleccion á estos únicos términos posibles, nada es mas fácil que reconocer dónde está la religion verdadera, la religion instituida por Dios, y conservada en la integridad de sus dogmas, de su moral y de su liturgia, es decir, en la integridad de la profecía y del sacramento. Se ha dicho de Tácito que todo lo abreviaba, porque lo veía todo. Dios es aún mejor compilador, porque trabaja en la eternidad para seres que no tienen mas que el tiempo. Teneis priesa, señores; Dios tiene mas priesa: teneis priesa en conocer la verdad; Dios la tiene mas en dárosela. Escuchad, pues: no necesitais mas que un rayo de luz y un instante de buena voluntad.

Aunque la idolatría y el cristianismo parten de datos absolutamente contradictorios, los pongo en la misma línea en la discusion, porque llevan en la frente los mismos caractéres de oprobio y de inanidad. No os diré yo: Mahoma no ha hecho milagros, la idolatría no los ha hecho tampoco: la idolatría no ha profetizado, Mahoma tampoco. Este es el detalle de la cuestion. Necesitaríamos bastante tiempo para entrar en su exámen, y tenemos que ir de priesa y al que tiene que ir apriesa, ha preparado Dios un camino que todo lo abrevia. Dios ha puesto en la religion, como en todas las cosas, una fisonomía. Hé aquí á un hombre á quien jamás habeis encontrado; cuyo origen y cuyos actos os son desconocidos: ¿quién es? ¿qué quiere? ¿cuál es el secreto de su alma? Vosotros no sabeis nada sobre esto, y no teneis ni ocasion ni tiempo de saberlo. Habiéndoos encontrado uno y otro por un momento, que no se repetirá mas, es necesario que le juzgueis en el relámpago de una mirada. Le juzgaréis, en efecto, y si os ha iniciado alguna experiencia en la repercusion de la vida interior sobre los rasgos que componen el acento del rostro, no os engañaréis; sobre todo, no os engañaréis, si han abierto sus surcos grandes virtudes ó grandes vicios en la carne móvil en que estudiáis la verdad.

Lo mismo sucede con la religion. Toda religion tiene una alma que se refleja en el cuerpo de sus doctrinas y de su historia, y por consiguiente, toda religion tiene una fisonomía. ¿Cuál es la fisonomía de la idolatría y del mahometismo? ¿Sentís palpar en ellos

algo de divino? ¿Sentís conmovida vuestra conciencia por ellas, y al fijar los ojos en Júpiter ó en Mahoma, os haréis á vosotros mismos esta formidable pregunta: ¿Por ventura no estará aquí Dios? No, señores, no, no hay entre vosotros ninguno que haya concedido á uno ó á otro de estos dos cultos el honor de semejante duda; ninguno de vosotros se ha preguntado en su presencia, ni ha tenido la tentacion de decirse: ¡Puede ser! El puede ser os viene de otra parte; descende á vuestra alma de otra region, y si no hubiera en la tierra mas que idolatría é islamismo para representar á Dios, no os tomaríais la pena de negar; pasaríais á su lado sin odio, sin desprecio, sin orgullo, como se pasa ante un monton de piedras que ni aun tiene la arquitectura de una ruína.

En la asamblea célebre que inauguró la era inacabada de nuestras revoluciones, se hallaron dos hombres dotados de una elocuencia desigual, los cuales se sentaron por largo tiempo en el mismo lado para defender juntos allí el advenimiento del siglo de que hemos salido. Pero en fin, los azares de la vida pública se arrojaron entre ellos, y los separaron; llegó el dia en que tuvieron que subir á la tribuna para combatirse en ella á los ojos de una poblacion que les esperaba en esta prueba, y que habia preparado sus aplausos para el mas jóven y mas débil. Apareció este el primero; el movimiento popular de que estaba seguro elevó su palabra sobre sí misma; respondióle un verdadero entusiasmo; creyóse ya seguro de no tener nada que temer, y de partir por lo menos el honor de los oradores *pro rostris* con el poderoso enemigo con quien luchaba. Pero sube este tranquilo y con calma; acogido por un silencio inesperado, midió con el alma toda la popularidad que habia perdido, y tomando en este obstáculo nuevo para él una fuerza desesperada, se revolvió como un leon en la jaula terrible de su elocuencia. Involuntarios y apasionados aplausos le enseñaron lo que ya sabia, su triunfo, cuando volviéndose repentinamente hácia su adversario, no ya como orador contra orador, sino como águila que se cierne sobre su presa, le lanzó de lejos este sublime y mortal apóstrofe: ¡Barnave, no hay divinidad en tí!

Señores, esta palabra de Mirabeau á Barnave es la palabra que termina la controversia respecto del mahometismo y de la idolatría; ó mas bien, no es ya posible la controversia, y desde la primer mirada lanzada sobre esas viles corrupciones de la verdad religiosa, el espíritu se vuelve y les dice con desden: ¡No hay divinidad en vosotros! ¿Por qué? ¿cómo? ¿Qué es lo que quita ó lo que da á

una cosa la fisonomía divina? Tal vez no sepa yo nada de esto. Pero lo que sé, es que hay un carácter de bajeza que desciende hasta la figura del bruto, como hay un carácter de grandeza que se eleva hasta una transfiguración sobrehumana. Lo que yo sé, es.... pero oid solamente. En un día conocido en la historia, salió á un balcón un procónsul romano; tenía á su lado á un criminal cubierto de llagas, atadas las manos á una caña, y transpasada la frente con una corona de espinas; el cuerpo rebujado en un manto de púrpura, que unía á sus humillaciones la injuria de una irónica majestad. El procónsul se volvió irónicamente hácia la multitud, y le dijo: ¡Hé aquí al hombre! el pueblo respondió con una aclamación que pedía la sangre del hombre, y el romano obedeciendo se lo entregó. Pero detrás de este pueblo enfurecido se levantó la humanidad; miró también al hombre, al hombre condenado, flagelado y crucificado, y golpeándose ella el pecho, le dijo: ¡Hé aquí á Dios! Otro día Grecia reunió á sus artistas para obtener de su genio una imagen digna de sus adoraciones. Para hacerla fué elegido Fidias, quien tomó su cincel, talló uno de esos mármoles famosos que respiraban ya ántes que les tocara la mano del escultor; puso en él la luz, el pensamiento, la gloria, el reposo, y cuando quitó Grecia el velo que cubría á Jupiter Olímpico, exclamó con voz grave y unánime: ¡Hé aquí á Dios! ¡Pero la humanidad se ha levantado detrás de ese pueblo ingenioso; ha mirado el objeto de un recuerdo que ha permanecido tan grande, y compadeciendo á Atenas mas aún que á su estatua, ha dicho: ¡Hé aquí al hombre!

¡Hé aquí al hombre! Todas las artes del Atica, toda la poesía de Homero, todas las grandezas del Lacio, nada en veinte siglos de duración ha podido disimular la inefable miseria de la idolatría; y el islamismo no ha conquistado la mitad del mundo, sino para ostentar en él bajo una forma opuesta, pero no menos vana, la impotencia de todo culto, fuera del que ha hecho creer á los sabios y que hace dudar al impío.

Esta ausencia pasmosa de divinidad, que es el rasgo mas notable de la idolatría y del islamismo, basta para juzgarlos. Se comprende en efecto, que no pueda nunca el hombre, por mas que haga, dar á sus obras un sello verdaderamente divino. Cuanto mas lejos sube de su esfera, para llegar á una gloria que le sobrepuja, cae mas fuera de la verdad, en la que existe solo el origen de lo bello. Conquistador, legislador, filósofo, simple mortal en fin, hay en su historia dias dignos de admiración: toca al arca santa, y pierde, alzándose

en la impostura, el secreto de las grandezas de este mundo y de las elevaciones del otro. Hace una parodia con el nombre de Dios, y este nombre no necesita para vengarse mas que de sí mismo. No solamente no tienen los cultos falsos ninguna fisonomía divina, sino que agregan infaliblemente á este carácter negativo el signo de una flagrante inmoralidad. Levantad los ojos á los altares antiguos.... ¿Pero puedo yo deciros que levanteis los ojos á ellos? ¿Puedo yo, á pesar de la distancia que nos los vela, aconsejar una mirada, por oscura que sea, sobre sus misterios y sus ceremonias? ¡No me atrevo á hacerlo; no me atrevo á pintaros lo que adoraban esos griegos tan delicados, nuestros maestros en el arte de sentir y de expresar lo bello! No me atrevo á describiros las pompas con que exponían, en nombre de Dios, sus mujeres, sus hijos, su propio corazón. Ni aun puede ser objeto de discurso lo que era su religión; lo que era sagrado para ellos, sería al pasar de mis labios á vuestros oídos un sacrilegio para vosotros y para mí. Ellos habían levantado á sus dioses en tan sublime infamia, que nosotros no podemos verlos en ella, ni aun para acusarles.

Todos estos dioses, lo confieso, no eran de un fango igualmente manchado; algunos, entre tantos, se acercaban al hombre por sus virtudes. Y aun creo que salía de la conciencia á la vista de estos idólos una imagen mejor de la Divinidad, que desafiaba interiormente el culto público que se la rendía; pero esto era el efecto de la antigua verdad, era el gemido de Dios en presencia de la mentira, y no por eso subsistía menos la mentira con el castigo de su corrupción.

Mahoma, convengo también en ello, en su exposición dogmática y litúrgica de Dios, no ha incurrido en la inmoralidad de la idolatría. Su designio, que era el reverso de las fábulas del politeísmo, no se lo permitía; pero esto mismo hace mas notable y mas acusador el vergonzoso materialismo que salió de su obra, y cuyo germen, aunque disimulado tal vez, está visible no obstante en el Corán. Las costumbres musulmanas no han hecho ruborizar á las costumbres del paganismo; y estas han dejado muy atrás, bajo varios aspectos, tal como la unidad y la indisolubilidad del matrimonio, á las costumbres de los hijos de Mahoma. Ni el islamismo ni la idolatría han conocido y enseñado la vida espiritual; ellos no han arrebatado el alma sobre los goces de la tierra para darle la alegría de un inmaterial alimento. Y aun revelándole la inmorta-

lidad, la han dejado abandonada á las pasiones, á los tormentos, á las virtudes que termina la muerte.

¿Qué otra señal quereis, señores, contra esos tristes cultos? Y sin embargo hay una, no menos notable, no menos patente, y es su incapacidad lógica. Se puede no tener razon y discurrir, y aun parece que nada sea tan fácil; tanto abundan los ejemplos: ¿qué debemos, pues, decir de una religion á la que le falta la razon? Y si creéis que no es posible tal exceso de impotencia, tomáos la fatiga de buscar dónde están los trabajos teológicos, históricos y polémicos del mahometismo y de la idolatría. ¿Dónde están? Lo mismo en la India que en Roma y en Grecia, la idolatría ha tenido poetas por teólogos, y cuando le enseñó el cristianismo lo que es una religion que escribe y que habla, tuvo por defensores filósofos que destruían su mitología pretendiendo justificarla. El mahometismo no se ha cuidado mas de establecer su divinidad por la discusion; ha reinado donde dominaba la cimitarra, y ha perecido donde su cimitarra se ha roto. Hoy á nuestra vista solo sostiene los restos de su imperio por una ley que prohíbe la conversion de sus fieles bajo pena de muerte. El paganismo amenazado por la predicacion cristiana no obró de diverso modo bajo los Césares de Roma, ni obra tampoco de otro modo bajo los déspotas de la China y del Japon. ¿Cuál es la causa de esto sino la incapacidad lógica, ó si lo preferís, la impotencia de razonar? Pascal ha dicho: « Mas fácil es hallar frailes que razones. » La version verdadera era esta: « Mas fácil es hallar verdugos que razones. » La historia del islamismo lo prueba á porfía con la historia del paganismo. Allí debia encontrarse, por disposicion de Dios y por la fuerza de las cosas, una imbecilidad incurable; por disposicion de Dios, que no queria que se corrompiera la religion sin guardar sangrientos estigmas de su alteracion; por la fuerza de las cosas, que no permitia que un error que á tanto rayaba encontrara fundamentos en parte alguna. Los fundamentos de la religion verdadera son una antigüedad que asciende por monumentos verdaderos hasta el origen del mundo; una serie no interrumpida de actos milagrosos y proféticos que dejan de distancia en distancia su sello indeleble en la historia de los pueblos; un dogma grave y profundo; una moral que se traduce por revoluciones en las costumbres del género humano; un sacerdocio digno de hablar de Dios al vicio y á la virtud; una Providencia que gobierna este extraordinario conjunto y que le sostiene por un prodigio constante; un tejido en fin, donde todo se encadena,

donde todo se sostiene en una duracion de sesenta siglos, á pesar de la magnitud de los obstáculos y de la debilidad de los medios. ¿Cómo habia de atribuirse ó conservarse con tales fundamentos un culto que salió del hombre por una degradacion accidental? Pueden darse apariencias de verdad á una filosofia, porque la filosofia no es mas que una combinacion de ideas; pero siendo la religion un órden inmenso de hechos universales y perpetuos, ¿cómo suscitar estos hechos, si no existen, ó cómo llamarlos en auxilio del error, si existen en provecho de la verdad? Mas fácil seria al hombre crear el mundo que crear una religion con caracteres divinos; porque el mundo no ha tenido que vencer mas que la nada, y esta religion tendria que vencer la esencia de las cosas.

Tal es, señores, la razon de la incapacidad lógica que advertís en el islamismo y en la idolatría, y que les quitaria toda potestad en el espíritu, si la bajeza de su fisonomía y el espectáculo de su inmoralidad les dejasen alguna probabilidad de seducir una inteligencia libre de juzgarlas.

De los tres cultos que se dividen el mundo, hé aquí dos fuera de cuestion: solo el cristianismo se halla ahora ante vosotros.

Miradle, señores, para preguntaros, no si es verdadero, sino si se parece á los otros dos. ¿Se les parece? ¿Tiene la misma incapacidad lógica, la misma inmoralidad, la misma falta de fisonomía divina? Podeis combatirle, pero es necesario que le combatais de veras. Porque él enseña, discute, escribe, ha llenado la tierra con su palabra y vuestras bibliotecas con sus obras. Donde quiera que toqueis, le hallaréis. Él opone sus sabios á vuestros sabios, sus eruditos á vuestros eruditos, sus escritores á vuestros escritores, sus políticos á vuestros políticos, sus hombres de genio á vuestros hombres de genio: él os sigue paso á paso, desde hace diez y ocho siglos, precedido de las tradiciones y de las obras de cuatro mil años; no dejando jamás sin respuesta uno de vuestros cargos, como no deja sin socorro vuestras necesidades. Si vosotros negais, él afirma; si despreciáis, él honra; si le hollais, él se levanta, si le creéis muerto, revive. ¿No tiene razon? No lo sé. ¿Tiene razon? Lo ignoro. Lo que yo veo y de lo que es testigo todo el universo, es que razona y tiene en suspenso al entendimiento humano. Unas veces le ha servido la autoridad política, otras le ha desconocido; pero lo mismo en la buena que en la mala fortuna, lo mismo perseguido que protegido, ha trabajado en su servicio y sostenídose en su camino. No le han admirado ninguna de las vicisitudes de que ha sido espectador; ha visto la ciencia de los

tiempos que terminan con la de los tiempos que comienzan; y de todo podrá acusársele, menos de haber carecido de grandeza y de fuerza de espíritu.

Otro tanto como han sido incapaces los demás cultos, no digo de santificar, sino de mejorar las costumbres públicas, otro tanto las ha levantado y divinizado éste. ¿Quién comparará la vida de los pueblos cristianos con la vida de los pueblos regidos por la ley de los ídolos ó por la de Mahoma? ¡ Ah! ciertamente que conozco las miserias de la cristiandad puesto que conozco las mias; pero á pesar de la huella que en ella dejan la carne y la sangre, ¡ qué pureza en cierto número de almas escogidas! ¡ Qué respeto á la virtud en la conciencia de todos! ¡ Qué lucha en aquellos mismos que caen, y que, fija la mirada en el modelo de toda santidad, se detienen hasta en el vicio, con la esperanza y la voluntad de llegar á ser mejores! Si no os es suficientemente conocido por vuestra propia experiencia el secreto de este trabajo saludable, si no os ha sido revelada la historia de las almas en el cristianismo, juzgad de ella á lo menos por lo exterior; comparad los placeres, los juegos, los espectáculos de los paganos con los nuestros; poned á la vista nuestras debilidades con las abominaciones del Oriente. El cristianismo no ha destruido el mal, puesto que el mal constituye parte de la naturaleza humana decaída; pero él lo ha deshonrado en la opinion, lo ha lanzado de las plazas públicas, lo ha perseguido hasta en sus trincheras, lo ha atenuado en la vida de la mayor parte, y lo ha borrado del corazón de muchos. Él es la única religion que haya verificado en el mundo una revolucion moral; todas las demás han adorado las malas inclinaciones del hombre, ó las han proscripto sin eficacia. Y esta revolucion moral no ha sido de un siglo ó de un pueblo; ella ha reinado desde las disoluciones de Augusto hasta los adulterios de Luis XIV, en una multitud de naciones que cada día experimentan aún su perseverante beneficio. No hay una madre cristiana que no sea instrumento de esto, y que no comunique á las almas que ha recibido de Dios en su seno una virtud de purificacion y de honor. Antes que se vicié el cristiano, ha pasado por los goces de la pureza, y conserva de ella en sus huesos un recuerdo que no pueden desterrar enteramente todas las profanaciones del vicio. El vicio es de tal modo incompatible con la fe cristiana, que esta fe se oscurece ó se extingue en los que no quieren combatir ya sus pasiones, y la incredulidad bajo este aspecto es una de las coronas mas gloriosas del cristianismo. Ni el musulman ni el pagano necesitan apostatar

para hallarse tranquilos en el oprobio de sus sentidos; solo el cristiano tiene un Dios que le obliga á ruborizarse.

Y no obstante, este Dios se ha hecho hombre, y ha llevado una carne como la nuestra: ha sido semejante en su cuerpo á los ídolos de las naciones, y á diferencia de todos los que le habian precedido, y de todos los que debian seguirle, ha ejercido en la tierra un poder regenerador. En él, como en su fuente, en su figura como en su centro, vienen á reflejarse todos los caracteres que han hecho del cristianismo un monumento incomparable. Levantad los ojos una vez: ¡ Hé aquí á Jesucristo! ¿Quién de vosotros le blasfemaré sin cierto temor de engañarse? Tal vez al salir de la infancia, á la edad en que no miden nada los ojos, porque aún no han comparado nada, pasaréis ante él sin detener vuestro paso y sin inclinar la cabeza: pero esperad un poco. Las sombras de la vida van á agrandarse detrás de vosotros: conoceréis al hombre, y revolviendo del hombre á Cristo miradas mas humildes, porque habrán visto mas, principiariéis á descubrir en esa fisonomía signos que os turbarán. Y diréis uno ú otro dia: ¿ será este Dios? Cualquiera que sea la respuesta, vuestra conciencia habrá hecho la pregunta. ¡ Y qué pregunta! ¡ Qué hombre el que obliga á otro hombre á proponerse la pregunta de su divinidad! Y aun cuando no experimentaseis el presentimiento de esta duda, pensad que desde hace diez y ocho siglos agita y divide la humanidad. Hoy mas que nunca es el gran debate del mundo. Detrás de esas querellas políticas que resuenan tan alto, hay otra que es la verdadera y la última; á saber, si las naciones civilizadas por el cristianismo abandonarán el principio que les ha hecho lo que son, si irán hasta el extremo de la apostasia, y cuál será en este caso la suerte que les espera. Ser ó no ser cristiano, tal es el enigma del mundo moderno. Y de cualquier manera que lo resolvais en vuestro entendimiento, existe, y no quiero saber mas. Existe: Jesucristo reina por esta duda suspendido sobre nuestros destinos, tanto como por la fe de los que le han dado toda su alma. Su divinidad es el nudo del porvenir, como lo era de lo pasado, y aunque fuese una ruína, seria una ruína que lo sostiene todo. Se sabe lo que han llegado á ser las naciones convertidas del paganismo al Evangelio; se signora lo que llegarían á ser las naciones cristianas al salir del Evangelio que las ha alimentado y formado. Porque no se descubre ninguna doctrina pronta á recibirlas, sino un abismo en que se sentaría la materia en el trono vacío de Dios.

Todas estas cosas, señores, no necesitan mas que de una mirada;

se las ve y se las siente tan pronto como se ve la luz y como se siente el calor. Así como es imposible confundir la vida con la muerte, así es imposible confundir el cristianismo con los falsos cultos que han corrompido sus tradiciones. Lejos de oscurecerse con estos disfraces, debidos á la libertad del hombre, el cristianismo toma en ellos la prueba de que es indestructible é inimitable, y por consiguiente divino. Permanece tanto mas grande, cuanto mas se le compara; tanto mas solo, cuanto que tiene rivales; tanto mas fácil de reconocer, cuanto que debe ser discernido. Aunque hubiera mil estrellas en el firmamento de la religion como en el de la naturaleza, la vista no descubre en él mas que un astro soberano. El que niega el sol es ciego del cuerpo; el que niega el cristianismo es ciego del alma.

SERMON QUINCUGÉSIMO QUINTO.

De la necesidad de la comunicacion sobrenatural del hombre con Dios.

Hemos dado un gran paso. La cuestion consistia en saber si existe en el comercio del hombre con Dios un orden de relaciones sobrepuesto al orden de la naturaleza y de la razon. Hemos establecido que existia este orden, puesto que la humanidad obra por todas partes y siempre como si existiera. Respondiendo despues á una objecion sacada de la falta de unidad que presenta el orden sobrenatural en el conjunto de las religiones positivas que se reparten el mundo, hemos demostrado que se alteró efectivamente el orden sobrenatural por la accion libre del hombre, aun cuando no habia podido destruirlo en ninguna parte: de manera, que tenemos aquí en favor de la verdad el testimonio mismo del error. Porque no solamente no ha destruido el error, á pesar de su potestad corruptora, la forma sobrenatural del establecimiento religioso, sino que ni aun ha conseguido dar á los cultos falsos un carácter especioso de divinidad. Solo el cristianismo posee una fisonomía sobrehumana que manda al espíritu el exámen y el respeto; solo él aparece entre Dios y el hombre como la expresion posible de sus relaciones.

Sentado esto, señores, la cuestion del orden sobrenatural no se ha agotado aun; solo hemos considerado de él la parte exterior, y el racionalismo nos llama á la interior. El racionalismo nos pregunta qué es lo que quiere decir un orden superior á la naturaleza y á la razon, un orden que supone que no tiene la inteligencia lo necesario para conocer, y la voluntad lo necesario para obrar. Cuando Omar fué consultado para saber lo que debia hacerse de la biblioteca de Alejandría, respondió: O los libros de la biblioteca de Alejandría dicen lo mismo que el Corán, y en este caso deben quemarse por inútiles, ó dicen otra cosa que el Corán, y en tal caso deben quemarse como peligrosos. Lo mismo puede decirse aquí: ó el orden sobrenatural entra en la luz y en la actividad del orden natural, y entonces ¿de qué sirve? O no entra en este orden, y entonces, siendo ininteligible